



Teresa Wilms Montt

La que murió en París

Al escuchar *La que murió en París*, el hermoso tango de Blumberg y Maciel, no es la inmortal Margarita Gaiter quien se nos viene a la memoria, sino los versos y la azarosa existencia de la poeta chilena Teresa Wilms Montt. Joven de notable belleza, cultura y talento, su vida fue una sucesión de vicisitudes, tanto del alma como de la carne, que la han llevado a convertirse en una leyenda.

Nacida en una familia aristocrática y rica, desde adolescente manifestó su desprecio por las reglas establecidas por una sociedad hipócrita y marcada por la snobquería. Conoció, por imposición de su familia, los ambientes carcelarios del claustro. Sufrió la desdicha de un matrimonio tormentoso e insensible y la incompreensión pacata de la sociedad. Pero un espíritu libre, tarde o temprano emprende el vuelo. Y así lo hizo Teresa Wilms Montt. Con la ayuda de Vicente Huidobro, consiguió escapar del convento donde se encontraba recluida, huyendo hacia Argentina. Posteriormente, llegó a Madrid donde se relacionó con figuras de las letras como Azorín, Pío Baroja y Ramón del Valle-Inclán, compartiendo noches de bohemia y sueño de mundos mejores. Los cafés y el Ateneo de Madrid conocieron de su estilo rupturista y de su estética. Conocieron su tragedia emocional y su singular expresión: "...Es mi diario. Soy yo desconcertadamente desmada, rebelde contra todo lo establecido, grande entre lo pequeño, pequeña ante lo infinito. / Soy yo..." nos dice Teresa Wilms en *Pálpitos de mi Diario*. En ella en todo se espiro y su desgracia ante un mundo que rechaza. Y son sus versos los que logran sostenerla ante ese mundo; la poesía la obliga a vivir.

"A pesar de que en mi alma se albergan luminosas calzas se ilumina mi rostro al reír...", y sigue más adelante: "Maldigo y es de tal manera armónico el gesto de mis brazos en su apóstrofe dolorido, que diría-

se que ellos se levantan a impulso de una fuerza extraña...". Para concluir con estos versos: "...Oh siglo agonizante de humanas vanidades! he cultivado un pedazo de terreno fértil, donde puedes desparramar las primeras simientes destinadas a la Tierra Prometida".

La poeta, en sus breves veintiocho años de vida escribió varios libros, hoy incontraables. Entre su obra podemos mencionar, además de *Pálpitos de mi Diario*, *Inquietudes Sentimentales* (1917); *En la quietud del mundo* (1918) y *Anaquel* (1918), con prólogo de Del Valle-Inclán.

En sus poemas se puede encontrar toda la ansiedad de un corazón joven y desolado por el desamor y el drama cotidiano que suele compungir a los espíritus rebeldes: "Una campana implacable repite la hora y

me hace comprender que vivo, y me recuerda, también, que sufro". Luego, en hermosísimos versos se acerca a la muerte, y desafía su voluntad: "Así desearía yo morir, como la luz de la linterna sobre las cosas, esparcida en sombras suaves y temblorosas". Teresa Wilms Montt, sufrió la angustia de una época que nació a un siglo aún sin definición concreta. Tuvo la voluntad y la valentía de ser ella, a pesar de sus detractores sociales. La invadió la soledad, siendo quizá ésta su mayor tragedia de mujer amante, necesitada de afecto y comprensión: "...sabes mi trágica devoción a las leyendas de príncipes encantados... / Sabes que una música melancólica y un canto suave me hacían sollozar, / y que una palabra de afecto me hacía esclava de otra alma, y sabes, también, que todo lo que

sólo tuvo una realidad desgarradora".

Vicente Huidobro la definió como "la mujer más grande que ha producido la América. Perfecta de cara, perfecta de cuerpo, perfecta de elegancia, perfecta de inteligencia, perfecta de fuerza espiritual, perfecta de gracia". Incluso, Juan Ramón Jiménez, poco dado a los elogios, le dijo: "Tú das una cosa que no es la usual, pero que puede serlo desde que tú la tocas". Mucho se podrá decir de Teresa Wilms Montt y su vida bohemia e iconoclasta, de sus amores y vida crítica por Buenos Aires, Madrid, Londres, Nueva York y París, pero nadie podrá negar su importancia en la literatura nacional, a pesar de que su vida -insólita para una mujer en aquellos años- mereció quizá mayores comentarios que su obra.

Un día de invierno de 1921, cuando el siglo recién entraba su camino, Teresa Wilms Montt decidió partir. Se hallaba viviendo en París, la ciudad romántica por excelencia que a tantos artistas albergó en sus calles, bares, bohémias y recodos. Se fue a su manera: "Nada tengo, nada dejo, nada pido. Desnuda como nací me voy, / tan ignorante de lo que en el mundo había. / Sufro y es el único bagaje que admito la busca que lleva al olvido".

Partió en busca de la paz que un día cambió. "Quiero que en sabio silencio, la Paz descienda sobre mí y anegue generosa en frescura mi interior carcomido". Y tal vez, en donde hoy se encuentre, puede que haya alcanzado la felicidad plena que la sociedad le negó en vida. Quizá le canten como en el antiguo tango: "Siempre te estaré esperando! allá en el barrio feliz. / Pero siempre, está nevando! sobre tu sueño en París..." ●

ALEJANDRO LAVQUEN

Santiago, marzo del 2003. 79



BELZEBUTH

Mi alma, creíste columna de humo, se eleva hacia la bóveda azul.
Levantados en imploración mis brazos, forman la puerta de alabastro de un templo.
Mis ojos estéticos, fijos en el misterio, son dos lámparas de jafiro en cuyo fondo arde el amor divino.
Una sombra pasa eclipsando mi oración, es una sombra de oro empujando de flamas alocadas.
Sombra hermosa que sonríe oblicua, acariciando los sedosos bucles de larga cabellera luminosa.
Es una sombra que mira con un mirar de abismo, en cuyo borde se abren flores rojas de pecado.
Se llama Belzebuth, me lo ha susurrado en la cavidad de la oreja, produciéndome calor y frío.
Se han helado mis labios.
Mi corazón se ha vuelto rojo de rubí y un ardor de fragua me quema el pecho.
Belzebuth, ha pasado Belzebuth, desviando mi oración asíd hacia la negrura antecipada de su alma rebelde.
Los pilares de mis brazos se han vuelto humanos, pierden su forma vertical, extendiéndose con temblores de pasión.
Las lámparas de mis ojos destellan fulgores verdes encendidos de amor, culpables y queriendo ofrecerse a Dios; siguen amando la sombra de oro enmuelta en el torbellino refulgente de fuego eterno.
Belzebuth, arcángel del mal, por qué turbar el alma que se torna a Dios, el alma que había olvidado las fantásticas bellezas del pecado original.
Belzebuth, mi novio, mi perdición...

(Poema de Teresa Wilms Montt, escrito en Madrid en 1919)

La que murió en París [artículo] Alejandro Lavquen.

Libros y documentos

AUTORÍA

Lavquén, Alejandro, 1959-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La que murió en París [artículo] Alejandro Lavquen. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile